

No acostumbro a erigirme en defensor ni mesías de nadie, pues soy de los que piensan que cada uno debe redimirse a sí mismo. Aunque parece contradictorio a ópticas simplificadoras (o de simples), no es mi profesión de psicólogo la de un redentor; en cualquier caso, enseño a que la gente haga de este valle de lágrimas un pedazo de cielo, convencido -por otra parte- de que Dios nos acogerá a todos en su seno en el más scullé. Tampoco (que nadie piense mal, porque patina) escribo este artículo por supuestas posturas anticlericales que se me puedan atribuir. Hace ya tiempo que algo tengo muy claro. Esto es : cada cual se equivoca allá donde y como le viene en gana, o le rota; y se incluyen en el enunciado a las sotanas y derivados. Lo hago porque una comezón espinal me impele (literal) a defender la tolerancia, la libertad y el respeto por las equivocaciones o sciertos de cada miembro de mi comunidad. Esta es mi humilde aportación a ella.

Voy al asunto. Ya no se queman iglesias y curas; casi ni se les censura, así se descuelguen exorcizando campañas como la del "Póntelo. Pónselo" por inmoreles. ¡Qué memez! Sin embargo, quedan aún mentes graníticas y muy moreles (lo digo porque suelen tener moral doble, A buen entendedor...) a quienes va muy bien que respetemos su sagrada hostia, pero todavía no acaban de asimilar que pasó el tiempo de la hostia y tente tieso. No es que peguen, Dios -nunca mejor dicho- les libre; pero se extralimiten con atribuciones que no son las estrictamente pastorales de tutela y cuidado del rebaño de almas de Dios. ¡Cómo disfrutarán algunos con mis paráboles!

Viene esto a cuento de un hecho, al parecer verídico , en el que un pérroco de cierto lugar conocido no aceptó a unos niños, en el reparto de una obra de teatro, tan sólo por la simpleza o grandeza (según se vea) de ser hijos de agnósticos o steos, no sé bien. Pues por si fuera cierto, que se sepa : yo también soy agnóstico; y no tengo ni una pizca más de miedo a condenarme que cualquier guardián de lo divino. Ni una pizca más. Mi conciencia está muy

tranquila. El respeto (otra vez la palabreja) y la tolerancia hacia los demás es tal en mí, que hasta considero normales y humanos a clérigos y políticos. Ya es mérito, no crean. Pero además, y sin que lo que digo deba tomarse como amenaza de ninguna clase (soy más pacífico que el escarabajo de la patata), mis hijos (entiéndase en sentido figurado) participarán en todas aquellas actividades a las que tengan derecho, haya o no haya curas por medio. Quiero también matizar mi posición para que todo quede más diáfano. Mi agnosticismo no supone en ningún momento descalificación de las creencias que cada cual pueda tener. Lo dicho : libertad, incluso para los que se equivocan. Es, pues, el agnosticismo la postura ideológica más coherente para el que pretende ver las cosas desde una perspectiva fundamentalmente científica. Por tal, no puedo negar la existencia de lo que llaman Dios, porque es de necios negar lo que se desconoce; pero tampoco he visto a ese ser supremo asomar por aquí (al diablo, si acaso), ni lo reconozco en lo que señalan sus obras. La creación es para mí causa-efecto, cuantificable y medible, dentro de lo hasta ahora posible. Así es que ni ateo ni creyente, soy agnóstico. Por supuesto que me "transponen" fenómenos sin explicación; pero recurrir al Creador para razonar ¿...? lo que se desconoce es una actitud tan obtusa que, como escribía un diario en un artículo sobre Darwin, resulta fácil de entender incluso para Reagan. ¿Debería leerse aquí "incluso para cierto párroco"? Y, ¡alto ahí!, no me espanten lo de Santo Tomás -ver para creer-, que me lo sé muy bien. Tengo muchas misas encima, tantas que aunque no fuere a más debo haber ya cubierto el cupo. No me vengan a mí con sagradas formas.

Quede, por tanto, fijo en las mentes que la hasta aquí ejemplar sociedad, debilidad de mis entrañas y amor de mis amores y orgullo de mi pueblo, y de la que en este escrito me erijo portavoz, repudie y repudiaré siempre actuaciones discriminatorias o que conculquen los derechos de cualquier ciudadano, sea éste habitante o transeúnte, agnóstico, creyente o ateo, blanco o achinado, rico o pobre.

hijo legítimo de una manera o de la otra, incluso hijo de cura, que los hay, etc. La sociedad pretende la igualdad y, fíjense hasta dónde llega nuestra tolerancia, aun cuando algunos se empeñen en demostrar lo contrario con pautas de conducta de enanos mentales. Porque (me repito más que el escabeche en antruejo) el único camino para la salvación (y cada uno debe procurar la suya) no es otro que el de las actuaciones coherentes y morales (no se apropien los integristas del concepto, que es universal y laico). Los límites se experimentan frente al rival, o sea, ahora mismo; y están en ser tolerantes y respetuosos con todo aquél que vive de la manera más honrada que sabe o el sistema le permite.

Por último, apelo a la libertad de expresión para la publicación íntegra del presente artículo, pues creo cumplir los requisitos mínimos de esas cualidades que tanto he reiterado y ponderado como código moral de conducta ciudadana. Pero nadie puede impedirme criticar con crudeza actitudes dogmáticas e intolerantes (las mías, créanme, no lo son), aun a costa de sonrojar a más de uno. Este es el máximo castigo que quiero para quienes maniqueamente clasifican en buenos y malos : así no aciertan una. En fin, ellos ya me habrán mandado al infierno. ¿O quizá eleven sus plegarias por mi conversión?

Nano Migúlez Castrillo.

